

LA CREACIÓN DE VALORES EN LA NUEVA SOCIEDAD, SEGÚN MARIANO CORBÍ¹

J. Amando Robles Robles

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Nueva sociedad, creación de valores, nuevo paradigma, nueva cultura y tantos otros más, son términos fácilmente sospechosos de fornicidad para quienes buscan autoctonía cultural. ¿Tales conceptos tendrán algo que ver con "nuestra realidad"? ¿Con nuestros movimientos culturales centroamericanos, por ejemplo? ¿Y significarán algún aporte? Nuestra respuesta es afirmativa. Y vamos a sugerir aquí solamente dos vías de posible argumento.

En primer lugar, no sería difícil mostrar que, como sucede muchas veces, tendencias que parecen opuestas tienen una misma raíz social y cultural. Hoy nadie discute que la insistencia en "lo nuestro", en lo autóctono, es una forma de insistir en la "diferencia". Y este énfasis es más tributario de un talante posmoderno de lo que los autoctonistas están dispuestos a reconocer. En segundo lugar, ¿no fueron nuestros movimientos populares de los setentas y ochentas la proyección de una sociedad moderna? ¿No postulaban la creación de nuevos valores? De haber contado con una clara epistemología de los valores, además de una voluntad y generosidad hasta el martirio, con toda seguridad los errores hubieran sido menos.

El seguimiento de ambas líneas de argumentación bastaría para persuadirnos de la pertinencia autóctona de un aporte como el que aquí hacemos. Para no referirnos al clamor moralista que vemos surgir también en nuestras sociedades centroamericanas ante la crisis de

¹ Ponencia presentada en el Seminario *Ética, Universidad y Sociedad del Futuro*, organizado por la Comisión de Carrera Académica y la Universidad Nacional, del 22 al 26 de agosto de 1994.

valores y la proliferación de comisiones de "rescate" de valores. Apelar a los valores es frecuente en los discursos de uno y otro lado. El discurso sobre los valores está de moda. Pero aún es muy poco lo que conocemos con rigor de esta dimensión tan importante de la cultura.

Al ser Corbí un autor todavía poco o nada conocido, se hace necesario que comencemos nuestra exposición dando una referencia básica sobre él. Mariano Corbí es un científico social catalán, de formación fundamentalmente antropólogo, aunque con un buen manejo en disciplinas como epistemología, semiología, filosofía del lenguaje, sociología e historia. Hasta ahora todos sus estudios han versado sobre lo axiológico. Comenzó invirtiendo diez años de trabajo en su tesis doctoral, tesis ya publicada, y que lleva por título **Análisis Epistemológico de las configuraciones axiológicas humanas**. *La necesaria relatividad cultural de los sistemas de valores humanos: mitologías, ideologías, ontologías y formaciones religiosas* (Salamanca, 1983). Un trabajo extraordinario por el rigor de su método, de su teoría y de su análisis, dirigido por el profesor Luis Cencillo. Equipado con una tal perspectiva histórica, social y cultural, y dando continuas pruebas de ser inmune, hasta donde se puede, a eslóganes intelectuales, ha venido incursionando con el mismo rigor y honestidad en el análisis de la nueva sociedad, de su cultura y de su axiología. Buena muestra de ello son sus obras en catalán **La religió que ve**, **La gran transformació de la religió en la societat científico-técnica** (Barcelona 1991); **Indagacions sobre el futur** (Barcelona, 1991). A éstas hay que añadir una pequeña pero sugestiva obra de divulgación en el campo de la espiritualidad, **Conocer desde el silencio**, (Santander, 1992), y su última obra **Proyectar la sociedad. Reconvertir la religión. Los nuevos ciudadanos** (Barcelona, 1992).

Una última nota. Así como da muestras de compatibilizar magistralmente el análisis social más racional con la reflexión y meditación espiritual más sabias, así también se realiza profesionalmente siendo a la vez profesor de ESADE (Escuela Superior de Administración y Dirección de Empresas), del Instituto de Teología Fundamental de Barcelona y de la Fundación Vidal Barraquer. Hecha esta escueta referencia al autor, pasemos a seguir el hilo de parte de su pensamiento, con el que nosotros, obviamente, nos identificamos.

1. UN PLANTEAMIENTO DIFERENTE

La creación de valores en la nueva sociedad es una necesidad. No una necesidad de conveniencia, sino específica y radical, como no la ha conocido ningún otro tipo de sociedad anterior. Las razones para una tal aseveración son fundamentalmente dos: primera, que nuestra sociedad, la que venimos construyendo a partir de las últimas décadas, es una sociedad nueva, también en cuanto a lo que refiere a los valores; por lo tanto, que no puede encontrar espontáneamente su

referencia normativa en sistemas de valores anteriores; segunda, y ésta es la más importante, que su paradigma, la nueva ciencia pragmática, como tal asegura la vida y sobrevivencia de nuestra sociedad pero no su orientación ni su dirección, porque no puede fijarle fines ni objetivos, no puede crear valores.

Aseveración y razones se enmarcan, para Corbí, en la hipótesis según la cual la base de nuestros valores se encuentra en lo que constituye nuestra forma de vida, en el tipo de relaciones que nos permiten vivir y sobrevivir, en nuestro sistema de relaciones laborales. Cuando éstas se transforman, los valores también y, viceversa, cuando nos encontramos ante un cambio estructural de los valores, es que las condiciones materiales y laborales de nuestra vida han cambiado también estructuralmente.

Tal es, en síntesis, el planteamiento de Corbí², bien diferente desde su raíz de otros, que parten de una consideración cultural o, mejor, culturalista, abstracta, y por lo mismo asocial y ahistórica. Para éstos los valores existen en sí y por sí, como la dimensión que acompaña al ser humano. Como éste, los valores ya están dados, han existido en épocas clásicas, «doradas», del pasado, o, en todo caso, pueden ser «descubiertos» mirando humanísticamente el futuro o hacia el ser humano. Los valores están inscritos en la naturaleza humana, en la historia, en la cultura y sabiduría de los pueblos, o son metas utópicas que nos esperan. En ambos casos sólo hay que «descubrirlos», «rescatarlos», abrirse a ellos, dejarse impregnar por ellos. Es el planteamiento de los humanismos abstractos, que son casi todos. Para éstos, los valores no solamente existen, son lo más continuo que existe. Cuando los seres humanos, una sociedad, olvidan esta continuidad, entran en crisis. La crisis, en tales planteamientos, se interpreta como un olvido o abandono del pasado, de esencias morales evidentes; es una inconsciencia, por olvido o por deterioro moral, de valores. Nuestra época es una época de crisis. La solución es el rescate de valores, introyectar en las relaciones humanas los valores que les faltan.

Tales planteamientos, decíamos, aunque pretendidamente humanistas, no están por el ser humano social, histórica y culturalmente concreto, son abstractos y, por lo mismo, retóricos. Pocos discursos se vuelven tan retóricos como éstos. Se habla de valores como se habla de esencias evidentes. El procedimiento no es ingenuo. Tal manera de hablar dispensa de referirse a qué son, en última instancia, eso que llamamos valores, qué función cumplen, cómo se originan, cómo se transforman.

² Ver fundamentalmente sus dos obras, *Análisis epistemológico de las configuraciones axiológicas humanas*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1983, y *Proyectar la sociedad. Reconvertir la religión*, Herder, Barcelona, 1992.

En el planteamiento de Corbí éste es el primer punto que se aborda: los valores emergiendo del ser humano como ser de relaciones laborales, la relación tan estrecha existente entre valores y tipo de sociedad. Este primer punto implica una posición teórica, que en el caso que nos ocupa concibe al ser humano como viviente y, en cuanto tal, sometido a las leyes generales que rigen a todos los vivientes. Un segundo punto es no solamente el carácter nuevo de la sociedad actual y del paradigma que la programa, sino la limitación en éste para producir valores y, por lo tanto, la necesidad radical y nueva que tiene la sociedad actual de crearlos. Un tercer punto es el tipo de valores que hay que crear y algunas pistas para hacerlo, punto que nosotros convertiremos en la creación de valores como reto y algunas reflexiones que este reto suscita.

2. CUANDO HABLAMOS DE VALORES

Para hablar de los valores con cierta precisión, Corbí se ubica en lo que la condición humana tiene de más básico, en su condición de viviente hablante, en las relaciones que esta condición le hace establecer con su entorno y, por lo tanto, en cierto nivel de abstracción³.

El ser humano tiene en común con los demás seres vivientes el vivir gracias a mecanismos de estimulación y respuesta. Lo distintivo, empero, del ser humano es que al ser, además de viviente, un ser *hablante*, esto es, cultural y hermenéutico, la realidad la percibe en términos de significación o de sentido, de lo que significa para él, y, por lo tanto, de valor. Las cosas son para los seres humanos lo que significan para ellos. Lo que no significa no existe. Lo que llamamos valor y valores nacen, pues, del encuentro del ser humano y la realidad o, si se prefiere, es la condición de tal encuentro. Y ello por cuanto los seres humanos, en su condición de vivientes hablantes, interiorizan los estímulos y las respuestas, convirtiéndolas en valor y en deseo. El valor es la significación que los objetos, las cosas, recursos y medios, tienen para los seres humanos, el deseo es la intimización en el sujeto humano de tal significación.

Ahora bien, percibir la realidad en términos de significación implica en el ser humano la capacidad de percibir una doble significación de un mismo objeto, un doble valor. Por una parte lo que ese objeto significa para él, para su vida y sobrevivencia físicas, su utilidad, su función primera e inmediata. Por otra parte, lo que el objeto o realidad significan y pueden significar en sí mismos, considerados como cosas que existen, y que pueden producir gratuidad, admiración, temor, goce, etc.. Esta doble función y dimensión es la que le lleva a Corbí a hablar de **distancia objetiva, significatividad 1ª** y

3 El lector que quiera tener una visión sintética y rápida del planteamiento antropológico y social de Corbí puede ver las pp. 19-53 y 108-111 de su obra *Análisis epistemológico*.

significatividad 2ª, de axiología 1ª y 2ª⁽⁴⁾, y se trata de algo muy presente en otras dimensiones culturales: lo que está en función de la reproducción de nuestra vida en lo que tiene de dimensión física y biológica, y lo que está en función de la reproducción y producción de nuestra vida en lo que excede a su dimensión física y biológica, lo que es necesario y lo que es gratuito, en palabras más sugerentes que precisas de Corbí, lo que es *funcional* a la vida y lo que no lo es.

La distinción que venimos de recoger es muy importante para conocer y hablar con más precisión con respecto a eso que llamamos valores. Como vemos, hay dos órdenes de significatividades y de valores o axiologías, pero relacionadas de tal manera que la base de la significatividad y axiología segundas (2ª^{as}) son las primeras (1ª^{as}).

Los contenidos de nuestros frecuentes discursos sobre los valores son un producto típico de la axiología segunda. El mundo está lleno de los monumentos que la humanidad ha sabido crear con los discursos a propósito de este segundo orden de valores a lo largo de las diferentes épocas y en los más variados campos de la actividad humana. Ahí están los mitos, sagas, sistemas religiosos, todas las creaciones de las llamadas bellas artes, la poesía, la literatura, la filosofía, los sistemas ideológicos, ... Tantas producciones de la axiología 2ª y tan extraordinarias que, con sus altos y sus bajos, con sus continuidades y discontinuidades, con sus aislamientos y rupturas, parecen tener vida propia, totalmente autónoma de los valores de la axiología 1ª. Es más, tan autónomos y excelsos nos parecen que sólo los objetos y creaciones de la axiología 2ª nos parecen ser los verdaderos y solos valores, los únicos dignos del ser humano. Si embargo, por grandes que sean estos valores, ellos se asientan en los primeros, en los que tienen por función asegurar nuestra vida y sobrevivida, y dependen radicalmente de éstos.

A este respecto son elocuentes las siguientes expresiones de Corbí. «Es imposible recibir la significatividad segunda si no es recibiendo adecuadamente la significatividad primera. Fuera de ella es inaudible la significatividad segunda, ...»⁽⁵⁾. «Sólo con la valoración del valor primero, el segundo resulta valor. La respuesta a la axiología segunda es, de hecho, fidelidad -distanciada- respecto de la axiología primera»⁽⁶⁾.

Más aún, lo que solemos conocer y denominar como valores: honradez, disciplina, apego al trabajo, acatamiento de la ley, amor patrio, sentido moral y otros, que son producciones de la axiología 2ª, se construyen a partir de y en torno a los valores de la axiología 1ª, de la

4 Ibid., pp. 119-122.

5 Ibid., p. 123.

6 Ibid., p. 123.

que son interpretaciones, valoraciones, justificaciones, legitimaciones, etc. Hasta el punto, advierte Corbí, que «todo intento de aislar el valor de la axiología 2ª del de la 1ª fracasa. Todo intento de aislar lo absoluto en sí mismo de lo absoluto de la correlatividad al viviente es imposible...»⁽⁷⁾.

Los verdaderos valores, la fuente de los valores, están en la axiología 1ª. La axiología 2ª es la fuente de la cultura, del pluralismo, de la libertad, de la posibilidad del cambio. Pero la raíz de lo valórico se encuentra en la 1ª. La axiología 2ª no comporta valor, estrictamente hablando; de por sí es incapaz de generar una moral, porque el valor de un valor no crea otro valor. Los valores de segundo orden, así como nuestros discursos éticos y morales sobre ellos, no crean valores propiamente tales, no hacen más que manifestarlos. Lo que nosotros habitualmente llamamos valores, los principios y criterios de nuestras morales, nuestras convicciones filosóficas y religiosas, etc., todos vienen determinados por los valores primeros, los que tienen por función asegurar nuestra vida y sobrevivida. No en el sentido de que aquéllos se reduzcan a éstos, no, sino en el sentido de que no pueden ir contra ellos ni más allá de sus posibilidades.⁸

El hecho es que valores del primer orden y valores del segundo forman, con su diferente aporte, un *sistema de valores*. Equipada de su sistema de valores, una sociedad tiene la orientación que precisa para vivir y saber de forma inequívoca, en los puntos fundamentales, qué debe hacer y qué hay que evitar para vivir y no morir. Y ello porque también se da una relación sistémica entre sistema de valores y el tipo de relación de una sociedad al entorno. Si la función de un sistema de valores es la que es, se da una relación sistémica entre sistema de valores y el conjunto de instrumentos laborales, materiales y sociales que una sociedad desarrolla para vivir y no morir. Por ello, cuando se transforma radicalmente el sistema laboral-social de una sociedad, cuando se transforma profundamente su sistema productivo, se transforma también, y en el mismo sentido, su sistema de valores. Los valores son un producto social y cumplen funciones sociales bien precisas; no son esencias empírico-transcendentales, en el sentido que denunció Michel Foucault. Por ello cambian, como cambian las relaciones laborales que les han dado origen, y como cambia el reto de vivir y sobrevivir al que sirven.

7 Ibid., p. 123.

8 Todo lo dicho no niega que hablando de conocimiento, donde también se pueden distinguir dos niveles, sea el conocimiento más gratuito el más sublime. Así, en coherencia con lo aquí expresado, puede decir Corbí en *Conocer desde el silencio* que hay dos niveles de conocimiento: «un nivel de profundidad que no es interpretación de la realidad ni mítica ni metafísica ni, menos aún, científica, porque genera certeza; y otro nivel en el que el conocimiento es interpretación de la realidad. Este segundo nivel se sitúa en el nivel del primero, de forma que la firmeza y la certeza del conocimiento no están ligadas a un sistema de interpretación, sino que son libres de ella, y el conocimiento es capaz de cambiar la interpretación cuando convenga.», *Conocer desde el silencio*, Sal Terrae, Santander 1991, p.32.

Todavía una consideración más, para terminar de bosquejar el cuadro teórico que nos permita hablar con la pertinencia deseada de la necesidad de creación de valores en nuestra sociedad. Si los valores cambian y están llamados a cambiar según cambie la pragmática social del grupo o de la sociedad, ¿por qué tanta resistencia en el campo de los valores al cambio? Si lo único absoluto son los valores que garantizan la vida y sobrevivencia del grupo o sociedad, ¿por qué esa tendencia a lo absoluto en sí mismo por parte de los valores segundos, los más relativos?

Para el grupo o sociedad lo más absoluto es su vida y sobrevivencia, y los valores que orientan su tipo de acciones para vivir y no morir. Es en tal sentido que el sistema de valores culturales que rigen a una sociedad tiene, para ella, un valor absoluto. Es la absolutez de la vida y sobrevivencia, así como de las operaciones que conducen directamente a éstas.

El reto es tan importante que los discursos o formaciones axiológicas tienden a sostener, fijar y afianzar una determinada pragmática social, la que la sociedad necesita para vivir y sobrevivir. Ello ya da a los productos de la axiología 2ª el valor de lo cultural y socialmente fijo y establecido, de lo que es, como diría Bourdieu, *constituido y constituyente*. Estamos ya ante una aproximación a lo absoluto.

Pero hay otro factor más, que radica no ya en la función sino en la naturaleza y dinámica de los valores de segundo orden. Estos, por no ser necesarios a la vida y sobrevivencia del grupo social, por brotar de la significación de los objetos en sí mismos considerados, no están ligados a nuestro trabajo, a nuestras operaciones para poder vivir, y se autonomizan de nuestro deseo. Dado el «desinterés» y trascendencia que les caracteriza, los valores de la axiología 2ª pueden presentarse, y así lo hacen, como la fuente de la axiología 1ª o conjunto de valores de primer orden, que son los que verdaderamente orientan la vida. Así es como se da la transformación. Así es como los valores de segundo orden aparecen como valores de primer orden, como su fuente de significación y de valor.⁹

Es así también como se explica la tendencia en valores plurales y relativos, como son los del segundo orden, a presentarse y aparecer como absolutos, como los más absolutos, y por ello como la fuente de valores que en realidad son los únicos absolutos. Claro está, la *distancia objetiva* que evocamos al principio existe, opera frente a todo sistema de valores y termina por imponerse y permitirnos ver el carácter relativo del valor y de los sistemas de valores; la distancia objetiva nos permite ver y analizar cómo los valores cambian y se transforman, cuándo cambian y transforman sustantivamente nuestra forma

⁹ Análisis epistemológico..., p. 170.

de trabajo y producción, las relaciones laborales con las que aseguramos nuestra vida.

No es necesario subrayar cómo la religión se ha aprovechado de los resultados de tal tipo de operación. Montadas en tales resultados, teologías, espiritualidades y éticas manifiestan tener por los absolutos «finales» un interés inversamente proporcional al que no tienen por las cuestiones técnicas y materiales.

3. EL NUEVO PARADIGMA, INCAPAZ DE PRODUCIR VALORES

La hipótesis corbiana de que siempre que se ha dado una transformación en lo fundamental de las relaciones laborales, se ha dado una transformación en el paradigma y, por lo tanto, en el sistema de valores del ser humano, está sacada del análisis histórico de las transformaciones semejantes que nos han precedido. Y el análisis de las transformaciones que estamos viviendo a finales de nuestro siglo lleva a Corbí, como lleva a otros autores, a la persuasión de que nuestra situación actual es una más de ellas.

Por razones de espacio, nosotros nos fijaremos aquí únicamente en dos grandes variables: en las nuevas relaciones laborales y en el nuevo paradigma. Y ello para mostrar la incapacidad del nuevo paradigma, la ciencia pragmática, de producir valores que dirijan la sociedad, y la necesidad de ésta de crearlos.

Aunque es desde hace poco que nos expresamos así, puede resultar ya manido decir que la nuestra es una sociedad que vive del conocimiento, que trivialicemos esta afirmación y no veamos sus implicaciones y consecuencias. Efectivamente, para Corbí como para otros tantos analistas sociales y pensadores, somos una sociedad que vive del conocimiento, mejor aún, de innovar y crear conocimientos¹⁰. Ello implica que el conocimiento es nuestro recurso y actividad principal, como lo fue la naturaleza con sus recursos «espontáneos» para los grupos y sociedades organizados parentalmente y «programados» con el paradigma mítico; como lo fueron la agricultura y la artesanía en las sociedades agrícolas, organizadas estamentalmente y equipadas con un paradigma con estructura de visión central del mundo; como lo fue la industria con sus máquinas de ingenieros en la sociedad industrial, con relaciones sociales de clase, y la ciencia y la ideología como paradigma. El conocimiento es el nuevo recurso y actividad sin los cuales no podemos vivir ni sobrevivir como sociedad nueva.

10 Tal es la tesis de su obra *Proyectar la sociedad*. «A finales del siglo XX se está imponiendo una nueva sociedad industrial, que vive de la innovación. (...) La innovación y, por tanto, el movimiento y la transformación es primariamente científica y tecnológica y consecuentemente organizativa, social y axiológica.» (p. 9).

Como recurso y actividad que está en la base de nuestro sistema productivo actual, el conocimiento está estructurando, así como nuestra forma de organizarnos, nuestras relaciones sociales. Su impacto no es menor en el campo axiológico, de los valores.

El impacto de la ciencia y de la ideología, como paradigma, fue también considerable cuando advino la primera revolución industrial. De un paradigma mítico-simbólico las sociedades pasaron a un paradigma científico-ideológico. Cambiaron cualitativamente de «programación». El sistema de valores cambió en mucho. Es el fenómeno tan conocido del paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, fenómeno que está en el origen motivador de la sociología como ciencia, en otras palabras, que demandó el análisis científico de lo social.

Con todo, advierte Corbí, el paso de un paradigma a otro se vio amortiguado¹¹, así como los sentimientos de su impacto. Por una parte, los hombres operaban con la nueva ciencia míticamente, en el sentido que, como sus antecesores, creían estar «descubriendo» la «razón», la «naturaleza humana» o la «historia». Creían estar conociendo la esencia de la realidad y así poseer su interpretación. En otras palabras, era una ciencia «descubridora» y portadora de valores, valores absolutos, ideales, para orientar y dirigir la sociedad, sus proyectos. Los fines y las leyes conducentes a tales valores ya existían, era sólo cuestión de descubrirlos mediante la ciencia. La adhesión a ellos era incuestionable. Las diferentes ideologías fundaban teóricamente los valores necesarios. Corbí se refiere a ellas como la «primera generación de ideologías»¹². Los nuevos valores aportados por la ciencia y por la ideología eran laicos pero capaces de orientar y dirigir la nueva sociedad.

Por otra parte, la ciencia y la ideología, por su propia naturaleza, con frecuencia encontraron en el mito y en la religión funciones de apoyo y suplencia. Allí donde no llegaba la luz de la ilustración, en muchos aspectos de la actividad humana, estaban el mito y la religión produciendo significado y valor. Pese a las grandes diferencias en la forma de producir valores, entre mito, religión y ciencia, algo los tres paradigmas tenían en común: la capacidad de producir valores absolutos y así servir de orientación y dirección a la sociedad.

Y es que, al fin de cuentas, el conocimiento, por muy moderno que fuese, era sentido como producto «natural» del hombre. Entre hombre y conocimiento no había separación, y por el conocimiento el hombre se siente todavía necesariamente ligado a lo «descubierto» por el conocimiento, ya sea en la naturaleza, ya sea en la historia, y que para él tiene un valor absoluto.

11) Cfr. *Proyectar la sociedad*, p. 109.

12) *Ibid.*, p. 137.

La nueva ciencia, la de nuestra sociedad, es bien diferente, hasta el punto que marca una ruptura en la historia de la humanidad. La nueva ciencia se concibe a sí misma como sistema formal de conocimiento construido por el hombre para la obtención de determinados resultados. Hay una escisión, posibilitada por la revolución tecnológica y científica, entre hombre y conocimiento, entre hombre y los resultados obtenidos por la ciencia. Todo, ciencia y descubrimientos científicos, adquiere y manifiesta un valor de algo *construido*, de algo *creado* y, por lo tanto, relativo, no absoluto. La nueva ciencia es una ciencia pragmática y, por ello, conjetural. No trata tanto de entregarnos la esencia de la realidad y su significación como una visión operacional, una descripción y análisis que nos permitan actuar en la forma deseada de eficiencia. Para ello la ciencia actual prescinde de connotaciones valóricas, hasta el punto de no poder orientar ni dirigir la sociedad como proyecto.

Es paradójico, pero la nueva ciencia, «programación» que nos damos al servicio de la única incondicionalidad y del único absoluto, que son los de la vida misma, es incapaz de engendrar y darnos los valores que sin embargo necesitamos para vivir esa vida con significación y sentido. Y el ser humano que somos nosotros no puede vivir y sobrevivir física y biológicamente si no es viviendo hermenéutica y culturalmente, esto es, produciendo sentido y significación, produciendo interpretación y valores, proponiéndonos objetivos y fines.

Es importante captar bien lo que venimos de decir y por ello lo subrayamos. No estamos diciendo que la ciencia esté desprovista de todo valor, que no represente valores en sí misma. Como paradigma es ella la que hoy está en la base de nuestra forma de vivir, de nuestro sistema de producción, de trabajo y de vida. Es ella la que vehicula los significados y valores que representan para nosotros la significatividad 1ª y la axiología 1ª. Gracias a la ciencia y a la tecnología es que progresivamente hoy vivimos y sobrevivimos como sociedad, y sin ellas no podríamos ya vivir y menos en el futuro. En este sentido, claro está que la nueva ciencia es generadora y portadora de valores. Pero para hacerlo, para cumplir con este su cometido, no puede definir el proyecto de la sociedad, no puede fijar las finalidades y objetivos de ésta, no puede crear los valores que la dirijan y la orienten. De ahí la urgencia radical de crear valores y de ideologías que los creen, «ideologías de la segunda generación», como las llama Corbi¹³. Pero ¿qué valores crear? ¿cuáles serán los adecuados y cómo crearlos?

Las preguntas que acabamos de hacer no son retóricas. Porque la nueva ciencia que no crea valores, sin embargo, como paradigma que es, impone ciertas condiciones para la validez de los valores que otras instituciones y fuentes deben crear y ofrecer. Así, la nueva ciencia no

13 *Ibid.*, pp. 137 y ss.

admite como directores y orientadores valores que no se presenten como igualmente *construidos* y, por lo mismo, relativos y pragmáticos. Porque, así como la epistemología científica ha logrado mostrar el carácter conjetural de la ciencia, la epistemología axiológica muestra igualmente el carácter funcional y construido de los valores y de sus sistemas. Lo único incondicional, subraya Corbí, es la vida, y nada más, ninguno de los proyectos ni construcciones que nosotros nos hacemos para asegurarla. Sólo la vida es lo incondicional y lo absoluto.

Claro está, para vivir necesitamos superar nuestra indeterminación genética y, para ello, ser guiados y orientados en forma incondicional por nuestro paradigma. Pero la incondicionalidad de éste, como de los valores, no le viene de algo esencial inmutable sino de la urgencia de tener que vivir y de tener que hacerlo de una manera ordenada y conveniente. «Vivir, y vivir convenientemente, éste es el valor absoluto. Hacer eso de esta manera o de otra, eso no es absoluto», enfatiza Corbí¹⁴.

Otra exigencia más del nuevo paradigma es que la forma en que los nuevos valores deben insertarse en las estructuras de interpretación de toda la realidad ha de ser racional y científica. Ello no exige ni impone la desnaturalización moral, estética, religiosa u otras, de valores. No se trata de desnaturalizar como de poder darles y reconocerles la función que reivindican en favor de la vida integral del ser humano.

Las reconversiones y los cambios no son sólo de parte de los nuevos valores en busca de inserción, sino también de parte del paradigma mismo en cuanto nuevo «programa» de la sociedad. En efecto, éste, desde un lenguaje no simbólico, sino abstracto y científico, tiene que integrar racionalmente otros niveles y otras formas de lenguaje no racionales ni abstractos como es el simbólico. De manera que, para Corbí, éste es el primer rasgo estructural de las nuevas ideologías. Rasgo nuevo que le hace decir a Corbí «nunca ha existido hasta ahora un tal tipo de formación lingüística»¹⁵.

Finalmente, consecuencia del carácter construido y, por lo tanto, relativo de paradigma y valores, éstos consistirán menos en normas precisas y de detalle que en principios de guía y de orientación para la creación de las normas que, por lo demás, necesitamos para vivir ordenada y convenientemente. A este respecto Corbí distingue entre *valor contenido* y *valor orientación*.¹⁶ El primero es el que se expresa en normas, el segundo en principios o patrones de orientación. Un ejemplo de este último es el mandamiento cristiano del amor al prójimo.

¹⁴ *Ibid.*, p. 111.

¹⁵ *Ibid.*, p. 114.

¹⁶ *Ibid.*, p. 137.

Aquí no se da una norma, sino un principio que orienta al individuo en una dirección y le inspira cómo comportarse en situaciones concretas y cambiantes. Tales valores-principios o criterios deberán integrar y orientar las diferentes dimensiones y potencialidades humanas, las racionales, las simbólicas, las míticas, etc.

Así como en el orden cognoscitivo hoy se trata menos de aprender conocimientos y más de aprender a aprender, también en el orden axiológico se trata menos de producir valores que de aprender a producir sistemas de valores. En uno y otro orden vivimos de innovar y de crear. Ningún conocimiento o valor puede ser fijo y normativo. Ninguna situación ni tradición, incluidas las religiosas, podrá ser absoluta, ni detentar el monopolio de los valores. Ningún sistema de valores podrá ser dominante. Ningún sistema simbólico o tradición religiosa podrá excluir a otras. Hoy la educación ética es más ética mientras más enseña a crear normas, hacer buen uso de ellas y a trascenderlas creando otras nuevas cuando convenga.

Como vemos, en la nueva sociedad la creación de valores es una necesidad tan profunda y radical como lo afirmábamos al comienzo de este trabajo, e incluso ya conocemos algunos de los rasgos que han de caracterizar tales valores. Veamos lo que significa e implica como reto, y la actitud que demanda.

4. RETO Y REFLEXIONES

Llegados a este punto de nuestro trabajo, procedería continuarlo presentando los valores, tal como lo hace Corbí¹⁷, que la nueva sociedad demanda, esto es, la segunda generación de ideologías con sus matrices o núcleos ideológicos. Así, con Corbí podríamos hablar de *matrices negativas*, que postulan lo que hay que evitar en una sociedad científica e industrial si se quiere sobrevivir, de *matrices condición de posibilidad* para el correcto desarrollo de una sociedad científico-industrial de creación e innovación continuas, y de *matrices creadoras de proyecto*, las que nos van a permitir proyectar lo que, en positivo, queremos hacer. Más específicamente, podríamos hablar de la creación de conocimientos como matriz central y de las matrices que ésta implica: educación continua, libertad, diversidad, descentralización y colaboración; y de las matrices subordinadas de ésta última: comunicación, información y solidaridad. Este sería el bloque más central. Habría que hablar también de los núcleos ideológicos que parecen aceptados por todo el mundo y que parecen corresponder, también, a la nueva sociedad, la sociedad de la segunda revolución industrial. Nos referimos a la paz y al desarme, al ecologismo, a la transformación de las relaciones de explotación entre clases sociales de un mismo pueblo y entre pueblos, concretamente entre

17 Cfr. *Proyectar la sociedad*, pp. 137-149.

Norte y el Sur, y al necesario universalismo de los pueblos. Solamente que no nos parece lo más urgente en el caso de la presente exposición.

Todos los anteriores son valores necesarios, más aún, matrices necesarias de valores en la nueva sociedad. Necesarios, por cuanto son los que responden a las condiciones laborales-sociales que constituyen la nueva sociedad como forma de producción y como organización social. Necesarios, también, por cuanto son los valores-postulados que la nueva sociedad necesita para formular su proyecto, conducirlo y orientarlo. Pero se trata de eso, de valores-postulados, que nada asegura que se lleguen a realizar. Los necesitamos, sería lo más sabio y cuerdo, pero, como tantas veces en el pasado, también hoy la historia, es decir, los seres humanos que la hacemos, podemos arrojar otros resultados totalmente diferentes, incluidos los de naturaleza catastrófica y apocalíptica. Los valores necesarios no se crean «espontáneamente» y, en consecuencia, no hay lugar para los optimismos a priori.

Lo más urgente es darnos cuenta del reto que para nosotros, en tanto que nueva sociedad, representa la necesidad de crear valores nuevos, diagnosticar bien este momento genesíaco, sabiendo que las actitudes de pánico no son solución, y asumir esta responsabilidad, evitando caer en posiciones falsas, ya sean románticas o mesiánicas, ya que se inspiren en un pasado que no existe o en un futuro que no existirá.

Nuestra época es una época de crisis de valores. Es normal que así sea. Lo anormal sería lo contrario. No sólo anormal sino imposible. Si en nuestra sociedad estamos asistiendo a una transformación del recurso fundamental del que vivimos, el conocimiento; si estamos asistiendo a transformaciones radicales en la forma de obtenerlo y aplicarlo, revolución científica y tecnológica; si están cambiando, por lo tanto, lo que han sido nuestras relaciones laborales, productivas y sociales, es normal que cambie nuestro sistema de valores, tiene que cambiar y transformarse nuestro sistema de valores. Ello no indica que nuestra sociedad sea una sociedad moralmente perdida, una sociedad perversa, sino una sociedad a la búsqueda de los valores que necesita, de valores que se correspondan con sus necesidades y desafíos.

Hablar de situación de crisis es hablar de desajustes y disfunciones. Por ejemplo, una sociedad que demanda tanto la innovación y la creación de conocimiento, tiene que favorecer necesariamente la creatividad y la libertad y, con ello, el desarrollo del individuo. Este individualismo o, más bien, personalismo, bien puede que de momento no vaya compensado con valores parejos de pertenencia social y de solidaridad. Incluso puede hacer saltar, como de hecho está sucediendo, formas de pertenencia y organización unívocas y rígidas. ¿Será por ello un valor perverso?

Las situaciones de crisis de valores pueden llegar a serlo de anomia axiológica. En nuestra sociedad no faltan indicadores de una tal situación. Una situación de anomia no es deseable, por lo inmanejable que puede llegar a ser. Sin embargo, la anomia no desaparece aferrándose a valores muy queridos pero que ya no son funcionales. Ninguna sociedad puede vivir sin un cohesionador social. Ya vimos que el pragmatismo puro de la ciencia y de la tecnología no puede serlo. Necesitamos de otras fuentes de inspiración y de decisión, de valores. No pueden ser los pasados en su forma pasada, fundamentalmente tributarios de sociedades míticas y agrarias. Y es un hecho que nuestra sociedad en buena parte carece de los nuevos valores que la orienten y la guíen. A esta situación se añade otra más grave aún, y es la capacidad de poder que viene acumulando y permite acumular la nueva ciencia y la nueva tecnología. Un poder sin control ni orientación, de una capacidad destructiva apocalíptica. De ahí que el mayor peligro en la nueva sociedad no esté en la ciencia y la tecnología, no esté en su organización, sino en la ausencia de un sistema de valores adecuado. El mayor peligro y problema está en el campo axiológico. La anomia puede derivar en apocalipsis y en suicidio total. De ahí la urgencia de crear valores adecuados, la urgencia de crear valores como creamos ciencia y tecnología, como creamos organización. El reto es generar un valor-poder axiológico adecuado que nos permita controlar nuestro poder.

Antes de terminar quisiéramos recordar que, si bien nuestro paradigma actual es único en el sentido de no conllevar ni crear valores, el paso de un paradigma a otro, de un sistema de valores a otro, ya se ha dado radicalmente otras veces en la historia. No es la primera vez que esto ocurre. Y cuando ello ha sucedido, no ha sido sin sufrimientos y crisis, incluso con situaciones anómicas. Baste recordar que la ética, eso que llamamos ética y que en el fondo no es otra cosa que un sistema abstracto de creación de valores con pretensiones de universalidad, nació como necesidad y valor en una de estas situaciones, concretamente en el paso de un paradigma mítico a una visión central del mundo. Las sociedades parentales no conocían esa necesidad y esa urgencia. La ética supone un ser social más individual y un tipo de organización social más abstracta, como es la organización de las sociedades agrarias y artesanales. La ética, que nosotros hoy tanto valoramos por nuestros resabios agrarios, fue sentida como una solución por las nuevas sociedades que emergían, pero como factor novedoso y perturbador por las sociedades que no la necesitaban.

Lo que nuestra situación tiene de original nos lleva también a tener que adoptar una actitud históricamente inédita. En situaciones pasadas estructuralmente semejantes, el ser humano se volvía a Dios, a la naturaleza o a la historia, a las «leyes» de estas instancias, y allí encontraba los referentes absolutos de los valores que necesitaba. Los valores existían, mejor aún, le preexistían. Sólo había que «recibirlos»

por revelación o «descubrirlos». En el fondo, era él y sólo él quien los creaba. Nosotros sabemos esto. Sabemos igualmente que no podemos volvernos a ningún referente absoluto, porque no existe. Nuestro reto es hacer compatible un convencimiento inquebrantable en el actuar con el constructivismo epistemológico y axiológico, una total firmeza con el total respeto y la convivencia con otros convencimientos y motivaciones inquebrantables. Y el único camino que tenemos para ello es el consenso, un consenso logrado en el ejercicio continuo del diálogo, la discusión, el razonamiento. Un diálogo y discusión que reconoce la igualdad de todos los interlocutores, la interdependencia social, con la naturaleza y de sistemas, la globalidad de la realidad y la diversidad.

Crear nosotros nuestros valores, vivirlos incondicionalmente en tanto nos son necesarios para vivir y sobrevivir y, pese a ello, saberlos relativos, ésta es nuestra tarea hoy, quizás nuestra tarea más urgente. Tarea de vivir a partir de lo que somos, seres contingentes, y de lo que nos es posible construir, siempre realidades contingentes. Una tarea de la que nadie puede liberarnos.

BIBLIOGRAFÍA

Corbi, Mariano. *Análisis epistemológico de las configuraciones axiológicas humanas*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1983.

_____. *Proyectar la sociedad, Reconvertir la religión*. Barcelona: Herder, 1992.